

Domingo de Ramos (10-04-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Bendición de Ramos

Hermanos y hermanas, los orígenes sencillos de nuestra fe comenzaron en un pobre pesebre y culminaron hondamente en la petición de Jesús, de que sus discípulos le buscaran un burrito para mostrarnos que Él es Rey, Él es Señor, pero un Señor y un Rey que toma el camino del servicio, de la sencillez, de la humillación y se solidariza con todos los humillados de la tierra.

Por eso, la aclamación de quienes gritan: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”, es la aclamación de aquellos que sintieron que Jesús los promovía, los alentaba, los sacaba de las situaciones más adversas, de sus enfermedades, de los maltratos, de las insidias. Y así, si los obligaran a callarse, Jesús dice con toda claridad: “Gritarán entonces las piedras”, porque algo nuevo comenzó hace 20 siglos, comenzó la introducción en nuestra historia de una nueva manera de entender a Dios, no ligado al poder ni a la arrogancia, sino, ante todo y sobre todo, ligado al amor misericordioso que Él quiere reparar en cada ser humano, en cada pueblo, en cada sociedad y en el mundo entero.

También hoy, hermanos y hermanas, renovamos nuestra fe en el Jesús del burrito, en el Jesús que no nos olvida, que no olvida a la humanidad. En este día difícil en que la guerra nos azuza, las contradicciones y las violencias se incorporan y creen poder resolver lo que solo puede resolver el amor, el diálogo, la capacidad seria de cuestionarnos y decirnos las cosas con claridad, y la capacidad también de arrepentirnos de ambiciones y locuras.

Queridos hermanos y hermanas, el Santo Padre esta mañana ha hablado del Perú y nos ha enviado su solidaridad y su cariño, para que todos los peruanos encontremos un camino mejor a través de la paz, pero que sea un camino verdadero, justo, responsable y con el concurso de todos, unidos al Santo Padre que quiere revivir en nuestra Iglesia la presencia del Cristo del burrito, del Rey del burrito.

También hoy día, nosotros renovemos entre todos nosotros la esperanza de que algún día la fuerza de su amor misericordioso nos permita a todos, inspirados por su Espíritu, renovar nuestra vida y solucionar amigable y justamente nuestros problemas. Por eso, ahora entremos como en Jerusalén, con el símbolo del templo de la Iglesia, para renovarla plenamente algún día, con nuestra esperanza honda en que el Señor nos salva y no nos abandona jamás.

Homilía:

Hermanos y hermanas, en este penetrante relato en que San Lucas observó, diligentemente, matices hondos, sutiles y tiernos del amor que el Señor nos revela en medio de la terrible organización sistemática de complicidades entre poderes, el sacerdotal religioso, el de Herodes Antipas y su corrupción, y el poder romano representado por Pilatos, así como el de todos los humanos incluidos los discípulos y muchos otros influenciados por dichos poderes, nos manifiesta que es necesario ahondar en esas sutilezas para encontrar la grandeza de su amor que, finalmente, lo convierte en El Salvador del mundo, el Rey de Israel y el Rey de todos los pueblos de la tierra. Hagámoslo hoy, contemplemos en forma de una oración, deteniéndonos en cada detalle:

Señor Jesús, en medio de la fiesta que recordaba la liberación que encargaste a Moisés, especialmente, el día en que el pan ácimo se compartía, los gobernantes y religiosos estaban desesperados por desaparecerte porque habías llenado de esperanza y alegría a la gente sencilla que concentró su atención en tu humildad, en tu solidaria sencillez y te identificó como su rey esperado por los siglos.

Te habían infiltrado, Jesús, tu comunidad. Y los sacerdotes estaban alegres porque uno de los tuyos se vendió por dinero corrupto, para entregarte sin que la gente se enterase. Ese día festivo del pan partido y compartido, en que también se compartía el cordero sacrificado y asado para el camino hacia la tierra prometida, a pesar de los planes siniestros, Tú quisiste comer la Pascua con tus discípulos, preparaste todo y los mandaste seguir al hombre que llevaba el balde de agua, para que les mostrara la sala grande dispuesta del piso superior, donde prepararon la Pascua.

Señor Jesús, todo lo habías pensado pormenorizadamente, y es que habías deseado con ansia este momento de comer esta Pascua porque sabías que todo estaba por cumplirse, por cumplir la voluntad del Padre, y que ocurría en medio de un fin terrible, Pero, como Tú viniste a este mundo para darle alegría a toda la humanidad, sabías que la mejor manera de afrontar nuestra vileza humana era compartir el pan y el vino en ese momento. Por eso nos dejaste este bello signo de la comunión del amor y, luego, decidiste ya no comer ni beber nada con la esperanza de comer y beber en el Reino de tu Padre.

Sí, Señor Jesús, querías regalarnos tu propio ser como principio de la verdadera esperanza de liberación de todos los males que sufrimos, y también de los males que procuramos y realizamos. El pan de la Pascua lo convertiste en tu Cuerpo y lo compartiste. Y al final de la cena, la copa

de vino la convertiste en tu sangre para que nos llenara de alegría, derramándola gratuitamente como signo de la nueva alianza incondicional, gratuita, como la que el Padre había realizado con Abraham sobre todos nosotros.

Nos enviaste, por tanto, a hacer memoria responsable, consciente, siempre que nos reuniéramos, como anticipo real de la esperanza en tu Reino.

Y observando que, incluso, tus discípulos estaban contagiados por la ambición de poder, peleándose por ser los mayores, les revelaste que Tú estás en medio de nosotros como el que sirve y no como el que domina, no como el que se empeña en su poder ni en el de su grupo, como lo hacen los que gobiernan las naciones y se hacen llamar benefactores.

Les recordaste que el mayor debe ser como el más joven, y el que es gobernante como servidor. Era una corrección fraterna para ayudarlos a salir de la mentalidad de dominio que nos contagia a todos. Y a pesar de corregirlos fuertemente, también valoraste su cercanía y constancia en tus pruebas.

Tu delicadeza de reconocer su cercanía, a pesar de sus ambiciones, siempre te caracterizó. Y por ello, les prometiste disponer de sentarse a comer y beber en tu Reino.

Especialmente, advertiste a Simón Pedro que estabas rezando por él, porque Satán lo iba a zarandear como al trigo ante la sencillez con que ibas actuando. Querías que no desfalleciera su fe cuando regresara del zarandeo, porque todos nosotros, igual que Pedro, nos empeñamos en mostrarnos fanáticamente creyentes a toda costa: “Te seguiré hasta la cárcel y la muerte”, decía Pedro, poniendo toda su confianza en sus propias fuerzas, en su poder.

Lo trataste de educar para que aceptara sus límites con humildad, pero terco creyó que él es quien te iba a salvar a ti. Así somos nosotros también, Señor Jesús, creemos que todo lo puede nuestro afán de poder y nuestras arrogancias, pero al final, te abandonamos. Y es que, como tus discípulos, no logramos comprender tu modo de proceder.

En efecto, Señor, a pesar de que toda nuestra vida recibimos de ti tus dones, tus milagros, sin esfuerzo, como regalospreciados, cuando vienen los momentos difíciles y nos desesperamos por la falta de lo elemental para vivir, cuando sufrimos una Pandemia y tenemos muchos muertos en nuestras familias y desesperamos, te fallamos. Tú nos has enseñado algo nuevo: que en esos mismos momentos de desesperación podemos vender todo y “comprar una espada”.

Tus discípulos creyeron que te referías a comprar armas, como espontáneamente, en la desesperación, muchos de nosotros pensamos y propiciamos guerras interminables. Pero Tú les invitabas, más bien, a empuñar la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios, que todo lo penetra y esclarece ante ti. Tú propusiste, simbólicamente, a tus discípulos, que en momentos decisivos estamos exigidos de ser testigos de que el amor es posible, y que este tiempo es el mejor para que llegue tu Reino porque todos podemos cambiar; pero nos confundimos y creemos que nos dices que en los momentos difíciles hay que usar armas de combate para matar y dominar, como algunos de nosotros creemos. Tu corrección es también para nosotros. “Basta” de violencia.

Justamente, viendo lo violentos que somos, llevaste a tus discípulos a orar para que en este momento decisivo no cayeran en la tentación de violencia. Y Tú oraste de rodillas: “Si es posible aleja de mí esta copa, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Estabas desconsolado porque había

que anunciar, con tu vida, la paz en medio de la violencia que acechaba. Te caían gotas hasta de sangre, pero el Padre te consolaba por medio de su ángel, como a María en el momento de tu encarnación.

Mientras tus discípulos se durmieron, al parecer por la tristeza, Tú, Jesús, sin embargo, les llamas la atención, los educas cuando hay peligro de tentación de violencia para levantarse, orar y no caer en ella. Y allí, Señor Jesús, descubrimos nuestra vileza cuando Judas discípulo usa el signo del amor, el beso, para entregarte. Tú lo interrogas, lo invitas a recapacitar, y también a los demás discípulos que no oraron para ser desviolentados y ahora querían herir a espada.

Todos tus discípulos creían que eras el rey como los demás reyes: violento y dominador. Y querían que ordenaras el uso de las espadas que habían ido a comprar, esperando una orden tuya. ¡Pero no la obtuvieron! Y mientras uno hiere a Malco y le corta la oreja, Tú, Señor, tuviste misericordia de este siervo y desviolentaste a Pedro con la fuerza de tu Padre, lo corregiste, nos corregiste, y curaste a Malco con delicadeza y ternura.

Señor Jesús, también enrostraste a los sacerdotes por su entrada aparatosa para apresarte, pero aceptaste con realismo la dura realidad. Esta era “su hora y del poder de las tinieblas”. No te portaste como un poderoso y arrogante, aceptaste la situación desproporcionada, tu situación vulnerable. Y aceptándola, nos presentaste a quien es tu fuerza, el Padre que nos ama a todos.

Pedro, por ello, empezó su crisis total. En ningún caso mintió. Te negó, porque le resultaste demasiado débil para colmar la idea del Dios de sus ideales, formado por la costumbre recibida, sobre todo, de los sacerdotes. Ese Dios con el que los humanos te confundimos creyendo que, por

ser poderoso, eres un poder arbitrario, arrogante y dominante, sin considerar que tu poder es el amor, el amor gratuito y generoso.

Por eso, Pedro, sincero, niega conocerte. Le resultas demasiado inerme y débil, y se empieza a quebrar internamente. Habiéndote seguido de lejos, como te prometió, niega, incluso con verdad, ser del grupo de tus discípulos que huyeron cobardemente; pero cuando le dan la prueba de que es galileo como a los demás, no es que se hizo el tonto, sino que, cuando afirmó: “No sé de qué me hablas”, mostró que ya estaba perdido, que ya no sabía de qué se trataba todo, ya no entendía nada. La sencillez de tu entrega, el canto del gallo, pero, sobre todo, tu mirada amorosa, lo terminó de romper, se dio cuenta de sus negaciones y rompió a llorar amargamente.

Todo lo que vino después lo aceptaste confiando en tu Padre: los ultrajes, las burlas de los servidores, las preguntas del sanedrín, respondiendo con claridad, manteniendo serenamente el control de la situación, anunciándoles que ellos serán los juzgados.

Aceptaste ser el Cristo, el Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios, y el Hijo de Dios, pero sin arrogancia ni prepotencia, más bien, con hondo testimonio de tu misión. No soportaron tus palabras, ni tu actitud paciente y te condenaron.

Igual fue con Pilato, acusado por los sacerdotes de que eras un sedicioso, que pretendías el poder como rey de los judíos. Y aunque no te encontró delito - porque no le pareciste muy rey que digamos – Pilato te entregó a Herodes que buscaba matarte hace mucho tiempo. En ese momento, Tú no respondiste ya nada, guardaste el silencio del inocente, maltratado y derrotado. Tu silencio, Señor, permitió dejarlos actuar, pero anunciaste con tu silencio una sola cosa: tu

amor y tu respeto por la libertad humana y tu espera de amor hacia ellos.

Ya no pronunciaste, Señor, palabra alguna cuando Pilato intervino en la farsa de intercambiarte por un verdadero culpable. No respondiste, guardaste silencio ante los magistrados y soldados que te hacían muecas y te manifestaron la última tentación: “Si eres el Cristo, sálvate a ti mismo”. Tú, Señor, no te salvaste a ti mismo, no respondiste al malhechor, no te salvaste a ti mismo como los gobernantes de la tierra. Más bien, con tu entrega, iniciativa y silencio, no quisiste mostrar el rostro arrogante de Dios, porque tu Padre no es así, egoísta, dominante, vengativo y violento. Tu Padre es nuestro Padre y somos sus hijos. No hay en Dios egoísmo.

Tú, Señor, solo hablaste a los sencillos para consolarlos. Camino de la Cruz, consolaste a las mujeres que, después de lo ocurrido contigo, como leño verde, seguirá la tragedia en Jerusalén como leño seco, invitándolas a llorar por ellas mismas y sus hijos. Hablaste también a tu Padre por tu pueblo, por nosotros, pidiéndole que nos perdonara, porque no sabemos lo que hacemos.

Hablaste también, antes de morir, al malhechor que reconoce su mal, que reconoce tu inocencia y que te reconoció como verdadero Rey servidor, que es tu primer discípulo que te llevaste al cielo, al paraíso, para que siguiéramos el camino de la aceptación de nuestras locuras y límites tremendos, para que superemos nuestra arrogancia y nos arrepintamos aceptando tu amor incondicional.

Ya, en esas tres de la tarde, se oscureció, y simultáneamente, el santuario en que encerraban a Dios los sacerdotes se rompió el velo de arriba abajo, y así se abrió Dios a toda la humanidad. Y allí fueron tus palabras: “Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu”, y desde allí expiraste

transmitiéndonos ese espíritu a nosotros. Nos re-
engendraste Señor Jesús desde tu cruz.

Fue tan honda tu expiración que hasta el centurión romano
extendió, en ese momento, unas palabras. Eras para él, un
hombre justo. El pueblo se golpeaba el pecho reconociendo
la parte del mal en lo ocurrido, las mujeres y conocidos nos
anunciaron después que habías resucitado, pero ellas
contemplaban, meditaban hondamente y luego sepultaron tu
cuerpo.

Señor Jesús, gracias por tu delicadeza y paciencia de
hacernos entender y comprender nuestro pecado y nuestro
afán de dominio. Gracias por confiar aun en nosotros y por
perdonarnos. Permítenos renunciar a toda ambición, vivir y
morir como Tú te colocaste en medio de nosotros, como el
Rey que sirve, sin dominio ni poder, solo con el amor
gratuito, misericordioso, generoso y fecundo que te dio el
Padre para dárnoslo también a nosotros, sin distinción.

Permítenos, pues, enmendarnos, Y que quienes tenemos
que cambiar, cambiemos; quienes tenemos que compartir,
compartamos; quienes tengamos que rectificar,
rectifiquemos; quienes tengamos que renunciar y
reestructurar todo, renunciemos y reestructuremos; y
quienes tenemos que pacificar, pacifiquemos para el bien de
tu pueblo.

Gracias, Padre. Gracias, Señor Jesús. Gracias, Espíritu
consolador, que nos alientas y no nos abandonas.